

Sermón del 8 de junio, 2014 – Pentecostés

Por Caleb Yoder, Iglesia Menonita de Calderón

Tema: “La llegada del Espíritu”

Textos: Salmo 104:24-34, 35b; **Hechos 2:1-21**; Juan 20:19-23

[Hacemos una dinámica para ver si podemos hacer una fila en orden de las fechas de cumpleaños sin hablar, solo con mímicas.]

Después: Ni importa si los vecinos nos vieron haciendo esas mímicas y pensaron que tenemos una borrachera aquí, que ese gringo tiene guardado varias botellas de trago. Lo mismo pensaron de esos discípulos cuando se llenaron del espíritu.

Pueden ver lo difícil que es comunicarnos así. Es mucho más fácil cuando se puede hablar, cuando hablan palabras que uno entiende. Cuando el Espíritu llega con poder, permite que los ungidos de Espíritu hablen con la gente en su idioma natal. Hay una comunicación mejor. Y la comunicación es precisamente uno de los dones que el Espíritu nos provee: la habilidad de escuchar a Dios y de poder escucharnos unos a otros mejor, en vez de tratar de comunicarnos a tientas.

Celebramos el día de Pentecostés como una forma de recordar cómo el Espíritu Santo llegó poderosamente a los primeros creyentes. Es demasiado fácil olvidarnos de la llegada y la presencia del Espíritu. Es demasiado fácil pensar que el camino cristiano significa ser bueno e evitar cosas malas sólo con la buena voluntad humana. No, la llegada del Espíritu es muy importante para nosotros. El Pentecostés se debe celebrar con mucha energía. El Pentecostés excedió mucho a las expectativas de los discípulos; no esperaban lenguas de fuego repartidas a cada uno, o la habilidad de hablar otros idiomas, ni el poquito de caos que pareció una borrachera.

Lo que pasa es que pensamos que la última cosa fue la resurrección. Cuando Jesús resucita ya fue todo. Ya podemos ser salvos con la misma esperanza de resurrección. La cosa es que Dios quiere hacer más. Quiere mandarnos su espíritu.

El Pentecostés ya era una fiesta de cosechas en Israel. Todos los años celebraban la fiesta y el nombre significa cincuenta, porque caía 50 días después de la pascua.

La vez pasada hablamos de la unidad de la iglesia. Esta vez vemos que la unidad es muy importante porque dice que los creyentes estaban juntos en el mismo lugar. No se juntaron sólo para esto, sino que desde la salida de Jesús han estado juntos. El problema es que a pesar de estar muy unidos, no hacían nada realmente. Hasta el día que llegó el Espíritu como un viento violento. Así mismo se describe el viento violento que movió las aguas del mar rojo para que los hijos y las hijas de Israel pudieran pasar y salir de la tierra de esclavitud en Egipto.

Luego, en la casa donde 120 discípulos están reunidos, caen las llamas de fuego

repartidas de modo que cada persona presente recibe. Este Espíritu no es para una sola persona escogida, sino que es para todos.

Parece que afuera hay grupos de peregrinos en Jerusalén de diferentes partes del mundo. En este caso son todos de la religión judía y es por eso que están en Jerusalén. Recordemos que los judíos no vivían solamente en la Palestina, sino que estaban esparcidos en muchos países, y algunas personas originalmente paganas se habían convertido a la religión judía. Viviendo en países lejanos, aprendieron los idiomas de esos países, así como muchos latinos que nacieron o pasaron la niñez en Estados Unidos y hablan inglés como idioma materno. Más adelante sabemos que personas de otras religiones escucharán el mismo mensaje también. Que sorpresa es para ellos peregrinar en Jerusalén y escuchar a unos galileos hablar en el idioma que aprendieron lejos de allí. Pues, los discípulos de Jesús en su mayoría son de Galilea, de donde era Jesús, así que no son de allí tampoco.

Entonces Pedro por primera vez toma el liderazgo y empieza a explicarle a la gente qué está pasando. No hay ninguna borrachera, dice Pedro. Esto ya lo había profetizado el profeta Joel, cuando dijo que Dios derramaría su Espíritu sobre toda carne.

El mensaje de Joel es muy incluyente por que "toda carne" quiere decir personas de cualquier nación. Además el Espíritu es para hijos e hijas, jóvenes y ancianos, hasta los esclavos y las esclavas profetizan -- personas que no contaban que no se valoraban.

Ahora bien, el Espíritu no llega por primera vez. Claro que no. El Espíritu Santo siempre ha estado presente. Estuvo presente en la creación, inspiró a los profetas, le dio poder a Jesús en su ministerio.

Lo que pasa es que las anécdotas que tenemos del Espíritu en el pasado lo muestran derramado de una forma limitada. Lo recibe el rey Saúl un tiempito, luego el rey David, luego los profetas. Ahora el derramamiento es mucho más esparcido. Es para todos. Esa es la diferencia.

Es por eso que el Pentecostés es importante. Es un evento fundamental tal como lo fue la entrega de los diez mandamientos en el monte Sinaí. Con la entrega de los diez mandamientos el pueblo de Israel podía marchar como pueblo de Dios. Mientras Moisés sube la montaña para hablar con Dios, Dios "desciende" a la montaña con fuego y la montaña tiembla con violencia. Ocurren las mismas señales y prodigios, pero hay una diferencia. En el Pentecostés, no hay un solo Moisés, sino muchas personas que pueden hablar con Dios. Tampoco hay miedo de muerte, porque el Espíritu Santo llega es un Espíritu de vida.

Desde el Pentecostés para acá el Espíritu Santo ha tenido la misma actividad. Le da poder a la iglesia para testificar, para proclamar, para sanar y para sufrir, todo según el ejemplo de Jesús.

A cada creyente el Espíritu morir a la vieja vida y nacer de nuevo a una nueva vida, una

vida marcada con el fruto del Espíritu, como amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. Eso es la actividad del Espíritu.

El Espíritu además les da dones específicas a las personas. Todos son dones que conducen a la sanidad, la reconciliación y la esperanza para la comunidad de la iglesia. Todos son dones para construir.

Así que el pentecostés es el último capítulo de la historia de la resurrección. No basta que Jesús sea levantado de los muertos. Tiene que venir el Espíritu Santo para servir como la fuerza vital de la iglesia.

Hemos hablado un poco sobre lo que el Espíritu Santo hace. Muchos no tenemos claro, aún después de mucho estudio qué es el Espíritu Santo. Yo diría que el Espíritu es el poder y la acción de Dios; Es parte de la trinidad: Dios que crea, Dios que camina como humano, Dios que actúa en el mundo. El Espíritu como el agua y el aire. Así como nadie puede vivir sin aire o sin agua, por mucho que quisiera, en el camino de discipulado nos morimos sin el Espíritu. Por eso tengo aquí un vaso de agua, porque el Espíritu es tan básico como el agua.

Miremos en el salmo 104, que fue una de las lecturas bíblicas de esta mañana:

27 Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo.

28 Tú les das, y ellos recogen; abres tu mano, y se sacian del bien.

29 Escondes tu rostro, y se desvanecen; les quitas el aliento, y dejan de ser. Así vuelven a ser polvo.

30 Envías tu hálito, y son creados; y renuevas la superficie de la tierra.

En este salmo podemos ver lo básico que es el Espíritu de Dios para la vida. Podemos decir que cada criatura mientras respira tiene un espíritu con una e minúscula, mientras el Espíritu de Dios se escribe con e mayúscula. En todo caso es el Espíritu de Dios que sostiene la creación. Si Dios le quita el aliento a un ser vivo, se muere, se vuelve polvo. Cuando Dios envía su Espíritu, las cosas son creadas, los seres vivos son renovados.

En el camino cristiano, necesitamos la renovación del Espíritu. Sin eso, nos cansamos, desistimos, no tenemos nueva vida. Aquí en la iglesia de Calderón, el Espíritu nos puede renovar. Recuerden que el Espíritu les tocó a la gente estando en un país ajeno. Los discípulos de Jesús eran de Galilea y la mayor parte de la otra gente estaba en Jerusalén como forasteros. No importa donde estemos, que seamos residentes o forasteros, el Espíritu nos puede tocar aquí también.